

glo XVIII no estaban obligados á saber que la promesa hecha por Jesucristo á su Esposa no fué vinculada en

eclesiástica de Firenza, y se decía hallada entre los papeles de un cierto *La Florida*, muerto repentinamente en Génova el 1774. Trasladémos con la imaginacion al año en que fué escrita, y hallaremos que su autor estaba bien en los secretos de la secta: dice así:

Carísimo amigo: nuestro plan progresa de día en día. Ya se ha podido lograr poner en continuos choques á las dos potestades, imperio y sacerdocio. La extincion de los jesuitas ha sido un golpe maestro, pues siempre estaban prontos, por costumbre ya, á sostener los derechos de las potestades, y solícitos en conservarlas una y otra en sus propios límites, y siempre contrarios á nuestras ideas. Ya no hay que temerles, antes bien pensamos sacar de su propia ruina otras ventajas para el sistema; porque habiendo sido ó siendo ellos tan mal tratados por estas potestades, no tendrán en lo sucesivo empeño alguno en defenderlas (*aquí el bendito autor de la carta juzgaba de los demás por sí mismo, que en caso igual hubiera sin duda procedido así; pero piensan y obran de muy diversa manera los verdaderos católicos; y los jesuitas despues de su expulsion y extincion han dado, si cabe, mayores testimonios de su amor á la santa Iglesia, y de respeto á los príncipes: prescindiendo de las locas fábulas del reino imaginario del Paraguay, y aquellos ejércitos que hacia levantar la maliciosa imaginacion de los filósofos y jansenistas, porque la obediencia sumisa y ciega á una simple orden de su soberano de dejar sus colegios, tan prontamente ejecutada, prueba mas que todos los dictérios de los impíos; y en efecto, ¿para qué querian los ejércitos, si no era para sostenerse, etc.? Prescindiendo de esto, las innumerables y eruditas obras que despues de aquella desgracia han escrito en defensa de una y otra autoridad, dan un testimonio que no podrán levantar jamás todos los incrédulos juntos: ¿quién en efecto ha combatido mas esforzadamente en estos últimos tiempos por una y otra autoridad? Veinte y un jesuitas dieron su vida en el Cármen de París el 3 de setiembre de 1792 por no jurar la constitucion civil del clero, ¿cuántos otros en otras partes!.... Y á la verdad se pueden creer defensores de los tronos y la Iglesia á testigos que en defensa de ellos y de la Iglesia se dejan degollar: permanecian muy impresos en su corazon los sentimientos de amor, veneracion y respeto, que los principios, leyes, reglas y espíritu de la compañía les habia siempre inspirado); y compadeciéndolos por otra parte el pueblo en su desgracia, no podrá menos de aprobar nuestro sistema de volver á cada uno al estado de una perfecta libertad é independencia. — Prosigua-*

un legado que dejase á determinados individuos, ó alguna corporacion en particular.

Comencemos por ver el modo de pensar del marques d'Argens en carta de 18 de mayo de 1762 al rey de Prusia<sup>1</sup>: « Los jesuitas, dice, son echados de la corte de

mos en hacer que se persigan las demás órdenes religiosas, y aun los clérigos. De este modo todo se llenará de descontentos, y nosotros podremos contar con más medios, ó al menos, no con tantos obstáculos para establecer nuestro sistema (*porque de un descontento se hace lo que se quiere, ó al menos toma poco interés en defender á quien lo está vejando y oprimiendo*). — Me aprovecho de esta ocasion para deciros que se han mudado algunas de las contraseñas para los de nuestras clases, porque con las que habia corria peligro de ser descubiertos. Trabajad en aumentar el número de los que puedan ayudarnos algun día. — Soy de corazon... vuestro afectísimo amigo. — M. G. — 3 de febrero de 1774. — Valga la verdad, si esta carta no fué genuina, no se puede negar al menos que el que la insertó ó hizo insertar en la sobredicha gaceta preveia bien de antemano los sucesos.

Aquí tambien puede tener lugar otro caso que pasó al P. Raffei, y lo sabemos de persona que se lo oyó al mismo padre. Este P. Esteban Raffei, jesuita, se hallaba el 1751 de profesor ó catedrático de filosofia en Ancona. Estando un dia en conversacion con varios señores, entre los cuales se hallaba un oficial inglés que habia llegado en un barco, hizo casualmente varios movimientos, entre los cuales, por lo que se vió despues, algunos eran cabalmente los signos ó señas últimas con que se conocian entre sí los franc-masones: uno de ellos, recuerdo, era tocar con el dedo pequeño la extremidad de la boca, y con el pólce la punta de la oreja derecha. A poco el militar inglés lo llamó aparte, se le descubrió por mason, y se le ofreció á cuanto quisiese y lo considerase útil. El P. Raffei, que en nada menos pensaba que en esto, quedó sorprendido, y Dios me libre, le dijo, de pertenecer yo á ninguna secta. El Inglés, viéndose descubierto por su imprudencia: Por eso mismo, le replicó, por eso, y ese odio que las teneis, seréis los primeros quitados de en medio: no se pasarán veinte años sin que no haya ya compañía, y dentro de otros veinte caerán los tronos: no porque nosotros ó nuestra secta forme alguna estimacion de vuestra compañía, sino porque vosotros y ella unís á los pueblos con los reyes soberanos, y á los soberanos y reyes con el Papa, que es el punto diametralmente opuesto á nuestro plan y sistema. » Aquí cesó la conversacion: nosotros solo repetiremos lo que pocas líneas antes hemos dicho, que si al P. Raffei no pasó, sino que inventó de su cabeza esta anecdota, el resultado fue en parte como de un profeta verdadero.

<sup>1</sup> T. 13, p. 262.

» Francia, sus colegios totalmente suprimidos, enviados  
 » fuera del claustro sus novicios, y se habla de su destier-  
 » ro total del reino, como de una cosa cierta, que debe-  
 » rá suceder para el mes de agosto..... A la paz ¿qué  
 » habrá de hacerse con tantos y tan venenosos insectos?  
 » Los príncipes católicos os dan buen ejemplo. » Cinco  
 » años después, esto es, el 14 de diciembre de 1767, es-  
 » cribia d'Alembert al mismo rey : « Ved ya verificada en  
 » Nápoles la expulsion de los jesuitas : se dice que muy  
 » en breve serán arrojados de Parma, porque en  
 » esto todos los Estados de la casa de Borbon harán causa  
 » comun. Parece que V. M. ha tomado con esta casta de  
 » gentes el partido mas sabio y mas justo, que es no ha-  
 » cerles daño, y al mismo tiempo impedir que ellos lo  
 » hagan ; pero este partido no es para todos. Es mas fá-  
 » cil oprimir que enfrenar, y practicar un acto de vio-  
 » lencia, que uno de justicia. Entretanto la corte roma-  
 » na pierde insensiblemente sus mejores tropas, y sus  
 » centinelas avanzadas ya no existen<sup>1</sup>. Parece que ella  
 » recoge ya sus cuarteles, y siguiendo la suerte de su  
 » ejército, se dispone á acabar como él. *Un bien que se*  
 » *adquirió mal, acaba del mismo modo*, decía Benedic-  
 » to XIV, que penetraba bien el interior de los nego-  
 » cios. » A esta carta contestó el rey en los términos si-  
 » guientes<sup>2</sup> : « En cuanto á los talentos de los jesuitas.....  
 » no se desarrollarán mas. Ya están expelidos de la mi-  
 » tad de la Europa, y aun del mismo Portugal. Los esta-  
 » blecimientos que les restan en las demás partes, me  
 » parecen harto precarios, y no saldré garante de lo que  
 » sucederá en el Austria, si la emperatriz reina llega á  
 » morir. Por lo que á mí toca, los toleraré mientras que  
 » estén tranquilos y no *matasen* á nadie<sup>3</sup>..... Los ciegos

<sup>1</sup> *Les enfants perdus*, dice el original, que expresa mucho mas.

<sup>2</sup> T. 11, p. 24.

<sup>3</sup> Alude aquí Federico al pretendido tiranicidio atribuido á los jesuitas : doctrina que él mismo no creia siguiesen. En verdad no podia protegerlos tan decididamente, si estuviera persuadido de ello ; pero en esto, como en otras cosas, seguia el humor de sus filósofos : si Federico hubiera alcanzado los tiempos de la revolucion francesa, hubiera visto bien claramente quiénes eran en realidad los promotores de esta monstruosa doctrina : el cadalso de Luis XVI

» y crueles pueden aun perseguir ; los hombres ilustra-  
 » dos y humanos deben ser tolerantes<sup>4</sup>. »

En 1768, entre las razones que el rey de Prusia alegaba para probar que el Papa no debia entonces pronunciar cierta excomunion, son dignas de atencion las dos siguientes<sup>2</sup> : Que *el pueblo no es tan absurdo en el dia, como fueron en otro tiempo los hombres constituidos en elevada dignidad*, y que *los soberanos con su propia autoridad han abolido el orden de los jesuitas, que servian de guardias de corps al Papa*. Lo que con fecha de 16 de junio de 1769 escribió á este príncipe M. d'Alembert, no merece menos

habla en alta voz á los soberanos, y dá á conocer quiénes son sus enemigos. El que á tan altas voces no despierte, no solo está dormido, sino aletargado. Filósofos, masones y jansenistas : la plaza Delfina de Paris, el Cármen, la Force y la Conserjería harán siempre vuestro eterno oprobio : ¡ así nos sirviesen de escarmiento !

<sup>1</sup> Es ya cosa observada que los apóstoles de la tolerancia son ordinariamente intolerantes hasta el exceso. El rey de Prusia se lo echó en cara mas de una vez. « Estoy persuadido, escribia en 1771 » (t. 9, p. 113) á d'Alembert, que un filósofo fanático es el mayor » de todos los monstruos posibles, y al mismo tiempo el animal » mas inconspicuo que puede producir la tierra. » Y en el *Exámen del Ensayo sobre las preocupaciones* (edic. de 1789, t. 2, p. 307) dice claramente que un filósofo perseguidor sería un monstruo á los ojos de un sabio. Federico predicaba la tolerancia, y es acaso el único de los filósofos que la ha practicado (t. IX, 371, 375, 389; X, 14, 15, 18). Tenia buen corazon, y si la filosofia ofuscó alguna de sus bellas cualidades, no por eso las pudo destruir ni oscurecer del todo. No solo dió un asilo en sus Estados á los filósofos desterrados de Francia, con la condicion de que, decantando teóricamente la tolerancia, no fuesen en la práctica intolerantes ; no solo admitió en la Prusia occidental (IX, 285) muchos miles de familias mahometanas ; no solo dejó que todos los ministros reformados de Berlin usasen de los nuevos ó de los antiguos cánticos (XI, p. 298, 171), segun mejor les pareciese ; sino que extendió su tolerancia, ó por mejor decir, su proteccion á los mismos católicos (XI, p. 203, 216), hasta abrirles escuelas en la Pomerania, continuarles sus antiguos maestros en la Silesia, conservar tambien los regulares (XI, p. 44, etc.; XII, 18; XI, 63; XIV, 42, etc.) y aun erijir una magnífica Iglesia en Berlin. Esta es una de las poquísimas ventajas que ha sacado el Catolicismo de la tolerancia filosófica.

\* *Ventajas á la verdad grandiosas para que tanto las ponderen los impíos. ; Qué ventaja : un templo al lado de una mezquita !*

<sup>2</sup> T. 11, p. 27.

particular observacion <sup>1</sup>. « Por lo que hace al Papa, se » dice que el conventual Ganganelli no aumentará los » privilegios de la compañía de Jesus, y que san Ignacio » morirá regularmente á manos de san Francisco de Asís. » Parece que el padre santo, no obstante ser fraile, va á » hacer la grande locura de extinguir totalmente su re- » gimiento de guardias por complacer á los príncipes ca- » tólicos. Me parece que este tratado será semejante al » de los lobos con las ovejas, cuya primera condicion fué » que estas entregasen á disposicion de aquellos á los per- » ros. No sé en qué vendrá á parar. De cualquiera ma- » nera, siempre será, señor, una cosa singular que » mientras sus majestades *cristianisima, catolicisima,* » *apostolicisima, y fidelisima* licencian á los granaderos » de la santa Sede, V. M. *heretiquisima* sea la única que » trate de conservarlos. Es verdad que despues de haber » resistido á cien mil Rusos, cien mil Austriacos, y á cien » mil Franceses, era preciso haberse hecho muy tímido, » para tener miedo de un centenar de hombres vestidos » de sotana. Confieso que aquí son mas de temer. » Y en otra posterior de 7 de agosto le escribe: « Se asegura » que el Papa conventual se hace mucho de rogar antes » de suprimir á los jesuitas <sup>2</sup>. No lo extraño. Proponer á » un Papa el destruir esta valiente milicia, es como si se » propusiese á V. M. licenciar su regimiento de guardias. » Está no obstante, creo que en España, Portugal y en » Nápoles se han de maravillar mucho que el sucesor de » san Pedro dispute á V. M. el derecho de conservar á » los hijos de Ignacio. Esto parece tan extraño en este » ilustrado país, como la aventura de los dos misales que » se arrojaron al fuego para saber cuál de los dos era » mejor, y ambos fueron hechos cenizas con grande » asombro de los circunstantes <sup>3</sup>. Mas lo que por un mo-

<sup>1</sup> T. 14, p. 85. — <sup>2</sup> *Ibid.*, p. 89.

<sup>3</sup> Es cosa ya observada por muchos, que en punto de historia no se puede dar crédito alguno á los filósofos; porque como ellos se proponen desacreditar la Religion, cuanto refieren es siempre ó alterado ó falso. Las obras del rey de Prusia nos dan frecuentes pruebas de ello en cada página; pero entre nuestros libres pensadores está adoptada la máxima de Maquiavelo: *Que la calumnia deja siempre alguna mancha aun despues de desmentida, y saben*

» mento podrá entretener á V. M., es, que el general de » los jesuitas, en un memorial presentado al Papa difun-

muy bien que una falsedad asegurada con resolucion en dos líneas, pide luego para ser descubierta y contradicha páginas enteras. La anécdota de los dos misales referida por d'Alembert, es una nueva demostracion. El hecho se dice sucedido en la plaza mayor de Toledo por el año 1090, cuando el rey Alonso VI, movido de las instancias que se le hicieron por el Pontífice S. Gregorio VII, ordenó la abolicion del rito gótico, dicho por otro nombre *mozárabe*, en toda la España, y que á él se sustituyese el romano llamado galicano. El escritor mas antiguo que lo refiere es don Rodrigo, arzobispo de Toledo, el cual escribió mas de un siglo despues (habiendo poseído aquella dignidad desde el año de 1208 hasta el de 1245), y acabó su historia en 1243. Oigamos sus mismas palabras tomadas del libro VI *De rebus Hispanicis*, c. 26; traducidas fielmente á nuestro idioma. « Conturbóse el clero y el pueblo de España, con » motivo de verse obligados por el legado (del Papa) y por el prin- » cipe á recibir el oficio galicano. Las cosas vinieron despues á » términos, que pidiéndolo la milicia, debió terminarse la discordia » en un duelo: y habiéndose elegido dos soldados, uno de parte del » rey para que combatiесе á favor del oficio galicano, y otro por la » milicia y el pueblo que defendiese el toletano, el soldado del rey » fué al punto vencido.... Pero el rey no mudó de opinion, alegando » que el desafio no era suficiente para decidir la controversia; y » habiéndose excitado sobre esto una fuerte sediccion en la milicia y » el pueblo, se convino por fin, para aplacarla, que el libro del oficio » toletano y el del galicano se pusiesen sobre una grande hoguera, » y ordenándose por el primado, legado y clero un ayuno general, y » haciéndose por todos una devota oracion, el libro del oficio gali- » cano fué consumido en el fuego, y el del oficio toletano se elevó » sobre las llamas, libre de toda lesion. » Hasta aquí don Rodrigo, de quien lo han tomado los Españoles que escribieron despues, y entre ellos el P. Mariana, jesuita, *De rebus Hispan.*, lib. 9, c. 18. De donde se infiere, que aun cuando el hecho de la prueba fuese cierto, tuvo un éxito muy diverso del que indica d'Alembert. Pero el hecho es tan dudoso, como se infiere del Tratado histórico cronológico de la liturgia *mozárabe* del P. Juan Pin, en el t. 6 de julio de los *Actos de los Santos* de Bolando, cap. 6, sec. 4 y 5; y así es que la buena fe obligaba á aquel filósofo á no darlo por tan cierto. El cardenal Bona lo tiene absolutamente por fabuloso. Por lo demás toda la historia de los siglos medios está llena de hechos semejantes, en que se emplearon los llamados *Juicios de Dios*, y señaladamente el del fuego, no solo en prueba de la inocencia de cualquiera persona, sino tambien para otros objetos, como para confirmar la

» to, me hace el honor de citarme como una *autoridad*  
 » *no sospechosa*, porque he dicho en un lugar que los je-  
 » suítas son los *jenizaros* de la santa Sede, necesarios  
 » como ellos para sostener el imperio<sup>1</sup>. »

## VIII.

La extincion de los jesuítas no podia ser, y con efecto no fué, un negocio indiferente para la filosofía. Lo que sí sorprende es, que un cuerpo el mas formidable para

autenticidad de una reliquia ó Biblia sagrada; y muchas veces atestiguan autores coetáneos haberse seguido evidentes milagros. Así que, ó es necesario negarlos todos sin excepcion, lo cual parece temeridad, ó no se debe despreciar con tanta facilidad el que se refiere de Toledo. Añádase á esto, que la historia de Milan atestigua otros milagros semejantes obrados por Dios para confirmar la santidad del rito *ambrosiano*. Landulfo el Anciano, escritor del siglo XI, cuya historia fué insertada por Muratori en el tomo 4 de *Rerum Italicarum scriptoribus*, sobre la fe de anteriores monumentos, refiere dos milagros muy públicos, poco diferentes del de Toledo, sucedidos en Roma en los respectivos tiempos de san Gregorio Magno y del Papa Adriano, en ocasion de haber querido estos sumos pontífices abolir el rito *ambrosiano*. (Véase el libro 2 de su historia, c. 4 y 10.) Pues bien, Landulfo escribió por los años de 1085, esto es, poco antes que sucediese el milagro de Toledo, y su historia, sepultada por muchos siglos en los archivos de la Iglesia de Milan, parece no podría ser conocida de Rodrigo en España, ni pudiera decirse que él hubiese tratado de imitarla en el ya dicho milagro que cuenta. Debemos esta nota á un erudito y célebre literato. \* Sobre el rito *mozárabe* véase á Lesley, sabio jesuita.

1 « Los jesuítas son los *jenizaros* del sumo Pontífice, formidables » alguna vez á su mismo señor, como los de la Puerta Otomana; » pero tan necesarios como ellos para *sostener su imperio*. El in- » teres de la corte romana es el de reprimirlos y conservarlos. Es » cierto que el czar Pedro despidió de su servicio en una sola vez » cuarenta mil Strelitz rebeldes, que eran sus mejores soldados; » mas el czar tenia veinte millones de súbditos, y podia reemplazar » con otros la falta de aquellos; pero el Papa, cuyo poder no se » sostiene sino con la milicia espiritual que tiene á sus órdenes, no » podría reemplazar otra semejante á los jesuítas tan bien discipli- » nada, ni tan dedicada enteramente al servicio de la Iglesia ro- » mana, y tan terrible á los enemigos del sumo Pontífice. » D'Alem- » bert, sur la destruct. des jésuites, p. 196.

los filósofos de ninguno haya sido defendido y sostenido con mas empeño, que del jefe mismo de la filosofía. Federico el Grande no amaba en sus primeros años á los jesuítas<sup>1</sup>, y aun parecia determinado á seguir el ejemplo de la Francia, y en su consecuencia acordar su expulsion. Así se infiere de una carta de 25 de mayo de 1762, en respuesta á otra del marqués d'Argens de 3 del mismo mes. El marqués le habia escrito<sup>2</sup>: « Los » jesuítas van á ser destruidos totalmente en Francia. » Sus colegios están ya cerrados, y sus bienes asignados » en parte á profesores encargados de la instruccion de » la juventud. Ved un suceso que la Europa jamás lo » hubiera creído. Tengo el honor de remitir á V. M. una » estampa impresa en París, malísimamente trabajada, » pero cuya idea es muy ingeniosa. Todas las órdenes » regulares están en una criba, que el primer presidente » sacude, y los jesuítas caen fuera de ella, á manera de » la inmundicia del trigo, que representa á las otras ór- » denes regulares, y que queda en la criba, del mismo » modo que queda el grano cuando se limpia. » Hasta aquí el marques, á quien el rey de Prusia responde en estos términos<sup>3</sup>: « Yo habia pensado arrojar á los » regulares de la Silesia. Desde el momento que supe » que se expelian de la Francia, formé en consecuencia » mi proyecto, y espero que el país quede limpio de » Austriacos para hacer lo que sea de mi voluntad. Bien » veis, mi amado marques, que conviene esperar á que » madure la pera para cogerla. » Pero Federico no aborreció á los jesuítas sino mientras no los conoció: conocidos los amó, los estimó, los protegió, y fué uno de sus mas celosos defensores y apologistas. A las pruebas ya dadas antes, añádanse las siguientes.

Escribiendo en 22 de abril de 1769 á su fiel correspondal en París, M. d'Alembert<sup>4</sup>: « Haeis gozado en » París, le dice, de la vision beatífica del rey de Dina- » marca: es justo que Roma goce de la del emperador; » que vale mas que la de este príncipe del Norte. Desde » los tiempos del bajo imperio hasta ahora, este es el

1 T. 8, 286; 9, 118; 10, 318; 11, 6, 11, 119. — 2 T. 13, p. 26.  
 — 3 T. 10, p. 252. — 4 T. 11, p. 44.

» primer emperador que la capital del mundo ha reci-  
 » bido dentro de sus muros, sin una comitiva de tropas  
 » conquistadoras que le acompañasen. Este príncipe ha  
 » dado sabios consejos á los cardenales reunidos en con-  
 » clave..... y es muy probable que el nuevo pontífice  
 » no será entronizado, sino con la condicion de que ha  
 » de suprimir enteramente el orden de los jesuitas. Por  
 » lo que hace á mí, aunque hereje, me glorío de conser-  
 » varlos, y de no agravar su mala suerte. El que de hoy  
 » mas quiera ver un ignaciano, tendrá que venir á la Sile-  
 » sia, única provincia en donde se encontrarán las reli-  
 » quias de esta orden que poco há disponia casi despóti-  
 » camente de las córtes de la Europa. A vosotros os  
 » pesará con el tiempo (en Francia) de su expulsion, y  
 » la educacion de la juventud sufrirá desde los primeros  
 » años; y esto es para vosotros tanto mas inoportuno,  
 » cuanto vuestra literatura está en decadencia, y que de  
 » cien obras que salen á luz, apenas se encuentra una  
 » mediana.»

En otra carta de 21 de junio de 1771 escrita á M. Vol-  
 taire<sup>1</sup>, aunque siempre chanceándose, no deja de mani-  
 festar su afición á los jesuitas. «No se oye aquí, dice,  
 » hablar mucho del Papa. Yo le creo continuamente en  
 » conferencia con el cardenal de Bernis, para deliberar  
 » sobre la suerte de estos buenos padres jesuitas, y  
 » cualidad de asociado de esta orden, si Roma tuviese la  
 » crueldad de suprimirlos, me haria padecer bancarrota  
 » en sus oraciones.»

Mas agradable sería la idea de un cuadro sobre este  
 argumento, que poco despues de la eleccion de Cle-  
 mente XIV comunicó en carta de 2 de julio de 1769 á  
 d'Alembert, si pudiera desnudarse de las impiedades  
 que contiene<sup>2</sup>. «El Papa, dice, suprimirá los jesuitas,  
 » como en otra ocasion uno de sus predecesores abolió  
 » el orden de los templarios, y los príncipes ortodoxos  
 » y el vicario de Cefas<sup>3</sup>..... se dividirán los despojos,  
 » en tanto que un pequeño príncipe hereje y tolerante

<sup>1</sup> T. 9, p. 249. — <sup>2</sup> T. 11, p. 48.

<sup>3</sup> Al fin habla como hereje: el Papa no es vicario de san Pedro, sino sucesor: vicario es de Jesucristo.

» filósofo ofrecerá un asilo á los perseguidos..... ¡Qué  
 » cuadro formaría un hábil pintor de estos sucesos! En  
 » una parte pintaría al Mufti, que restablece á los obis-  
 » pos polacos en sus catédras; en otra á los popes  
 » rusos<sup>1</sup> que combaten por los hijos de Calvino<sup>2</sup>. A un  
 » lado colocaría á un príncipe protestante, que protege  
 » á los jesuitas oprimidos por los catolicísimos y cris-  
 » tianísimos monarcas; y sobre una alta nube á san Am-  
 » brosio, á Lutero y al patriarca Focio, en aptitud de  
 » que todos tres creen equivocarse, y nada comprenden  
 » de este raro espectáculo. Si este cuadro se ejecuta,  
 » será destinado á adornar el gran salon de la casa de  
 » *locos* de la Europa.»

Los mismos jesuitas estaban tan persuadidos del afecto  
 que debian al rey de Prusia, que se arrojaron á dar un  
 paso que dió mucho que reir á sus enemigos. Oigámoslo  
 de él mismo, que se lo refiere á d'Alembert en una carta  
 de 4 de diciembre de 1772<sup>3</sup>. «En medio de todas estas  
 » agitaciones está para abolirse enteramente el orden  
 » de los jesuitas; y el Papa, despues de haber vacilado  
 » largo tiempo, cede en fin, segun él dice, á la impor-  
 » tunidad de los hijos primogénitos de su iglesia. Yo he  
 » recibido un embajador del general de los Ignacianos,  
 » solicitando que me declare abiertamente protector de  
 » su orden. Le he respondido que cuando Luis XV juzgó  
 » á propósito suprimir el regimiento de Fitz-James, no  
 » creí que debia interceder por este cuerpo, y que el  
 » Papa es dueño en su casa de hacer cualquiera refor-  
 » ma que le parezca oportuna, sin que los *herejes* se  
 » mezclen en ello.» Cualquiera puede imaginarse que  
 la respuesta de d'Alembert no sería menos graciosa. Hé-  
 la aquí fecha en 1º de mayo de 1773<sup>4</sup>: «Es necesario  
 » que los pobres ignacianos estén enfermos de mucho  
 » peligro, cuando han recurrido á un médico como V. M.,  
 » que en efecto no tiene remedio alguno eficaz que ofre-

<sup>1</sup> Sacerdotes rusos, griegos, que llevan este nombre.

<sup>2</sup> Alúdese á las turbaciones que entonces habia en la Polonia entre los disidentes y los católicos, protegidos aquellos por los Rusos, y estos por los Otomanos.

<sup>3</sup> T. 11, p. 162. — <sup>4</sup> T. 11, p. 231.

» cerles. Yo dudo que hayan quedado contentos con la  
 » respuesta de V. M., ni que estén determinados á ha-  
 » cerle el honor de filiarlo en su órden, como hicieron  
 » con nuestro grande Luis XIV, que hubiera podido pa-  
 » sarlo bien sin esta honra, y al pobre miserablè Jaco-  
 » bo II, que era mas á propósito para coadjutor y jesuita,  
 » que para rey. De cualquier modo que sea, pienso que  
 » el rey de España, que tan vivamente solicita la des-  
 » trucción de tales insectos, no ha de quedar muy edi-  
 » ficado con la embajada que han enviado á V. M. para  
 » que los tome bajo su especial protección. No dudo que  
 » cuando llegue á saber esta nueva intriga jesuitica, que  
 » por parte de V. M. ha merecido una befa tan exce-  
 » lente, redoblará sus esfuerzos con el santo Padre para  
 » obtener su extincion, y dejarnos libres de ellos. Sé que,  
 » despues de la destruccion de esta órden, la filosofía y  
 » las letras no se encontrarán en mejor estado en la  
 » mayor parte de la Europa; pero al fin habrá un nido  
 » menos de insectos, y de insectos bulliciosísimos y no-  
 » civos. »

Los votos de d'Alembert fueron por último oídos, y suprimidos los jesuitas; pero el rey de Prusia no varió de opinion, y estuvo firme en quererlos conservar en sus Estados. Hé aquí lo que con fecha de 11 de octubre de 1773, esto es, dos meses despues de su extincion, escribió á M. de Voltaire<sup>1</sup>: « He estado en la Silesia á  
 » consolar á mis pobres ignacianos de los rigores de la  
 » corte de Roma, á corroborar su órden, y formar un  
 » cuerpo de diversas provincias, donde los conservo y  
 » los hago útiles á la patria, haciendo servir sus escue-  
 » las á la educacion de la juventud, á la cual están en-  
 » teramente consagrados. » D'Alembert, cumplimentando al rey el 10 de diciembre siguiente, no pudo disimular la inquietud que le ocasionaba una resolucion semejante, y procuró diestramente inspirarle desconfianza contra aquellos religiosos, con la esperanza de inclinarle á poner por obra su total destruccion.

« Hablando, pues, de los *pequeños* asuntos que ocu-  
 » pan á V. M., yo cuento, le dice<sup>2</sup>, en el número de

<sup>1</sup> T. 9, p. 203. — <sup>2</sup> T. 14, p. 225.

» estos la *pequeña* burla que V. M. hace al conventual  
 » Ganganelli, recibiendo su guardia pretoriana jesuitica.  
 » que él ha tenido la imprudencia de licenciar. No sé  
 » si esta *pequeña jugada* podra excitar en el paraíso al-  
 » gun litigio, y temo que Francisco de Asís é Ignacio de  
 » Loyola vengan á las manos..... Lo que deseo mas se-  
 » riamente, señor, es que V. M. y sus sucesores no lle-  
 » guen á arrepentirse jamas del asilo que habeis con-  
 » cedido á estos intrigantes, que ojalá sean en lo sucesivo  
 » mas fieles de lo que fueron en la última guerra de la  
 » Silesia<sup>1</sup>, como V. M. tuvo la bondad de decírmelo á  
 » mí mismo, y que borren con su prudente y sabia con-  
 » ducta el nombre de *insectos maléficos*, con que V. M.  
 » los favoreció hace cuatro ó cinco años en una carta  
 » que me hizo el honor de escribir<sup>2</sup>. Sería muy curioso  
 » preguntar ahora á los jesuitas, ¿qué piensan de la fi-  
 » losofía y de la tolerancia, contra la que tanto decla-  
 » maron antes? ¿cómo se encontrarían en su agonía,  
 » si no hubiese en Europa un rey filósofo y toleran-  
 » te? »

El juego no le salió á d'Alembert á medida de sus deseos, y en esta ocasion tuvo una respuesta del rey un

<sup>1</sup> Habiendo el rey de Prusia invadido de improviso la Silesia, que estaba bajo el dominio de la casa de Austria, los jesuitas procuraron con todo esmero mantener fieles aquellos pueblos á su antiguo y legitimo soberano. Esto irritó mucho á Federico, y contribuyó no poco á indisponerlo en los primeros años de su reinado contra esta órden. Pero viendo despues que constituido soberano legitimo de aquella provincia, los jesuitas le eran tan fieles, cuanto lo habian sido y prometido serlo antes á la casa de Austria, depuesta la antigua prevencion contraria, tomó el carácter de uno de sus mas celosos y constantes favorecedores.

<sup>2</sup> La carta del rey de Prusia á que alude en este lugar d'Alembert, parece ser la de 24 de marzo de 1765 (t. XI, p. 6) en la cual dice: « Acerca de la historia de vuestros jesuitas, de la cual os felicito  
 » anticipadamente, el Papa ha expedido una nueva bula por la cual  
 » confirma su instituto: al punto he hecho prohibir su introduccion  
 » en mis Estados. ¡Oh! ¡qué agradecido me estaria Calvino si pu-  
 » diese estar informado de esta anecdota! Pero no es por amor de  
 » Calvino, sino por no autorizar mas en el pais á esta *maléfica*  
 » *plaga*, que tarde ó temprano tendrá la suerte que ha tenido en  
 » Francia y en Portugal. »

poco picante <sup>1</sup>. « Podeis estar sin cuidado con respecto á mi persona, le escribe con fecha 7 de enero siguiendote : nada tengo que temer de los jesuitas : el conventual Ganganelli les ha cortado las uñas y arrancado los colmillos, y los ha puesto en un estado en que ni pueden arañar, ni morder, sino solamente ocuparse en instruir á la juventud, de lo cual son mas capaces que toda la masa de regulares. Es verdad que vacilaron en la última guerra ; pero reflexionad sobre la naturaleza de la clemencia. No se puede ejercitar esta admirable virtud, sin haber recibido antes alguna ofensa, y vosotros los filósofos no querreis á la verdad improperarme, porque trató á los hombres con bondad, y ejercito la humanidad indiferentemente con todos mis semejantes, de cualquiera religion y sociedad que sean. Creedme ; haya mas filosofía práctica, y menos abstracciones metafísicas. Las acciones buenas son mas ventajosas al público, que los sistemas sutiles y libres en la apariencia, en los cuales de ordinario nuestro espíritu anda errante sin encontrar la verdad. No soy yo tampoco el único que haya conservado los jesuitas. Los Ingleses y la emperatriz de las Rusias han hecho otro tanto, y entre los tres, Londres tiene el primer lugar. » D'Alembert hubo de fingir que se sometia á las razones del rey ; pero muy persuadido de que aquella *maléfica plaga* no habia hecho las paces con la filosofía, procuró excitar nuevamente en el ánimo de su regio correspondiente nueva desconfianza contra ella. « Soy <sup>2</sup> por tanto, le responde en fecha de 14 de febrero de 1774, como el maestro de filosofía del *Aldeano Caballero* de Moliere. He leído como aquel grande filósofo el *docto tratado que Séneca hizo sobre la ira*, y convengo con V. M. respecto á los jesuitas, de los cuales se hace general, que si no hubiese culpados, no tendria lugar la clemencia. Por otra parte se asegura que los jesuitas de Polonia han reparado con su fidelidad el antiguo agravio de los jesuitas de la Silesia, y V. M. no podrá hacer cosa mejor que asemejarse á Dios, el cual, según se dice, no quiere la muerte del pecador, sobre

<sup>1</sup> T. 11, p. 178. — <sup>2</sup> T. 14, p. 232.

» todo, cuando se salva con la contrición perfecta. Efectivamente los creo muy contritos, es decir, muy mal contentos, y tanto mas mal contentos, cuanto teniendo V. M. el honor y la felicidad de ser *hereje*, no podrán, como reflexiona muy bien, hacer otra cosa que ser útiles en sus Estados, y jamás perniciosos, como lo han sido mas de una vez respecto de algunos principes que oian misa y confesaban. »

D'Alembert y Voltaire conservaban aun una lisonjera esperanza sobre la mal asegurada subsistencia de los jesuitas de la Silesia y de la Polonia ; y era la de verlos puestos por ello en un compromiso con la santa Sede, y á la santa Sede con S. M. « El señor Guibert <sup>1</sup>, así escribió bió en una de las dichas cartas al rey : el señor Guibert ha visto á su regreso al patriarca de Ferney, que se rie mucho, y lo mismo hago yo, á expensas del Papa, por el pequeño embarazo en que V. M. le ha puesto. Porque él, á fuer de buen Papa, como lo es, debe excomulgar á los jesuitas si os obedecen, y si los excomulga, la filosofía espera tener una buena diversion. V. M. se acordará de una cierta batalla dada en el Paraguay por el rey jesuita Nicolás, en la cual el padre feldmariscal vió morir á sus piés tres capuchinos. Escribió al filósofo de Ferney, que estableciendo V. M. este nuevo regimiento en sus Estados, él no puede dispensarse en manera alguna de hacer una recluta de capuchinos <sup>2</sup> para remontar su tropa. Ruego á V. M. que quite á estos nuevos soldados la carabina, de la cual se pretende que el rey de Portugal no haya estado muy contento. De cualquier modo que sea, Señor, como no es de temerse que V. M. tome jamás para confesor ni para primer ministro á un jesuita, pienso que la filosofía debe estar tranquila sobre el uso que V. M. quiera hacer de ellos, que sabrá hacerlos útiles, é impedir que sean perniciosos. Tal es el resultado de mis reflexiones, después de haberme divertido un rato sobre su propó-

<sup>1</sup> T. 14, p. 228.

<sup>2</sup> Voltaire habia empezado á proteger á los capuchinos, y esto es lo que dá lugar á las burlas de d'Alembert y del rey sobre los jesuitas.

» sito, y sobre aquello del cordon de san Francisco con  
 » que les azota y dispersa. » El Papa no favoreció los  
 » designios de los filósofos de París y de Ferney acerca de  
 » los jesuitas, y una carta del rey á este último, parece  
 » que no debia dejarles esperanza alguna de verlos exco-  
 » mulgados. « Este buen conventual del Vaticano <sup>1</sup>, dice en  
 » ella, no es tan rencoroso como se cree. Por lo que hace  
 » á mí, haria una injusticia en quejarme. Él me deja á  
 » mis amidos jesuitas, cuando están perseguidos en todas  
 » partes. Yo conservaré la preciosa semilla para sumi-  
 » nistrarla algun dia á los que quieran cultivar cerca de  
 » sí esta planta tan rara. »

## IX.

Pero esto era lo que puntualmente se temia y se queria impedir. Sabian muy bien nuestros filósofos que el anti-monarquismo jesuitico era todo fabuloso: que el rey en ningunas manos estaba mas seguro que en las suyas; pero si la semilla que él conservaba, llegaba algun dia á trasportarse y fructificar en otra parte, era un golpe fatal para la filosofia, y un nuevo error *peor que el primero*. D'Alembert se explicó finalmente con franqueza sobre este punto con el rey en 25 de abril de 1774 <sup>2</sup>: « No, no es por V. M. el temer yo el restablecimiento de los que antes se decian jesuitas, como los llamaba el difunto parlamento de París. En efecto, ¿qué mal podrian ellos hacer á un príncipe á quien ni los Austriacos, ni los imperiales, ni los Franceses y los Suecos juntos no han podido despojar de una sola aldea? Pero temo, señor, que á otros príncipes que no resistirian como vos á toda la Europa, y que han arrancado ya de sus jardines esta cicuta, les ocurra algun dia tomar de vos prestado el grano para sembrarlo en su pais. Yo deseo, señor, que V. M. haga un edicto por el cual quede prohibida para siempre la exportacion del grano jesuitico fuera de sus Estados, en los cuales es únicamente donde puede darse bien. » Esto se llama hablar sin metáfora.

D'Alembert habia ya mostrado las mismas inquietudes,

<sup>1</sup> T. 10, p. 61. — <sup>2</sup> T. 14, p. 235.

cuando se habló en un tiempo del restablecimiento de los jesuitas en Francia. Hé aquí como se expresa en una carta de 21 de abril de 1774 al rey <sup>1</sup>, hablando de los rigores que la justicia humana ejercitaba contra los incrédulos y libertinos: « La filosofia podria llegar á experimentar en Francia esta desgraciada suerte, si, como estamos amenazados, fuesen llamados los jesuitas. El parlamento que los desterró, ha sido él mismo desterrado: no era en verdad mas tolerante que ellos, ni mas favorable á la filosofia; pero si la corte jesuitica vuelve á Francia, unirá el furor de la venganza á la atrocidad del fanatismo, y Dios sabe lo que entonces será de los filósofos. » Y habiéndole respondido el rey en fecha de 7 de mayo <sup>2</sup>: *Que no creia que aquella corte tratase de llamar otra vez á los jesuitas*, « Yo me alegraré mucho, » le dice en 14 de junio d'Alembert <sup>3</sup>, de que la profecía de V. M. respecto á la plaga jesuitica se verifique, y el Estado, la filosofia y la literatura no tengan la desventura de volverlos á ver parecer de nuevo <sup>4</sup>. »

<sup>1</sup> T. 14, p. 150. — <sup>2</sup> *Ibid.*, p. 120. — <sup>3</sup> *Ibid.*, p. 153.

<sup>4</sup> El temor de ver restablecidos á los jesuitas ha tenido siempre en continua agitacion á sus enemigos. « La justicia, decia d'Alembert á fines de 1765, en su citada *Historia de la destruccion de los jesuitas en Francia*, la justicia que se hizo con la corporacion, fué llevada á una extrema severidad contra los particulares, atendidas las circunstancias, pero se juzgó necesaria. Se queria quitar á esta sociedad, cuya sombra sola espantaba aun cuando ya no existia, todos los medios de renacer en un tiempo, y los sentimientos de compasion fueron sacrificados á lo que se llama *razón de Estado*. Esto no obstante, los implacables jansenistas, irritados con la memoria de las persecuciones que los jesuitas les habian hecho sufrir, encontraban que el parlamento aun no habia hecho bastante. Se parecian á aquel capitán suizo que, haciendo enterrar los vivos y moribundos juntamente en el campo de batalla, habiéndole representado que algunos de los enterrados respiraban todavía, y suplicaban se les dejase la vida: « ¡Buena! respondió; si se les hubiese de escuchar, no quedaria un solo muerto en la campaña. » Y poco despues en la p. 200: « Ved pues como esta famosa compañía desapareció de entre nosotros: plegue á Dios que esto sea para siempre; dejando-ellos de existir por el bien de la paz, y que pueda por fin decirseles el *hic jacet*.... Este suceso, si es que la Providencia lo quiere durable, hará no